

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 5, Diciembre 1996

El origen de los indios: El mito de las tribus perdidas

Ariel Segal Freilich

pp. 71-85

El origen de los indios: El mito de las tribus perdidas

Ariel Segal Freilich

LOS primeros europeos que desembarcaron en el Nuevo Mundo se encontraron con seres humanos extraños. La noticia de que la nueva ruta del Atlántico no conducía a las Indias Orientales, sino a un nuevo continente, obligó a los colonizadores a preguntarse por la procedencia de aquellos hombres semidesnudos y “bárbaros” que habitaban las Américas. Plantearse el origen de estos pueblos a quienes los españoles erróneamente llamaron “indios”, no era un asunto de mera curiosidad científica, sino más bien, un problema de índole religiosa que exigía respuestas teológicas. Los primeros cronistas e historiadores de la Conquista habían llegado a una parte del mundo nunca visitada por sus ancestros europeos, ¿cómo explicar entonces la existencia de seres humanos en una región a la cual la Biblia no hacía referencia? Por supuesto, la visión europea de América y sus aborígenes se definió gradualmente de acuerdo a las creencias y preconcepciones imperantes en la Iglesia y los estados del Viejo Continente.

El nuevo mundo abrió las puertas a ilimitadas posibilidades económicas que beneficiaron al reino de Castilla; ello lo convirtió en una región seductora e

importante para el floreciente imperio. Siendo esta la prioridad, inicialmente España percibió a las poblaciones nativas de las Américas como parte de los grandes recursos que podían ser explotados junto a las riquezas naturales de una tierra rica en minerales. Pero la Iglesia Católica Romana no podía conformarse con una explicación elemental (y meramente económica) para justificar la conquista y el tratamiento de los indígenas de sus colonias. La cosmología eurocristiana ubicaba el origen de la humanidad en el Jardín del Edén, tal como la historia bíblica lo relata, y también interpretaba los acontecimientos de la conquista de acuerdo a la tradición profética del cristianismo. Inevitablemente, la presencia de indígenas en el Nuevo Mundo debía ser explicada en un contexto religioso, y este reto catalizó un intenso debate teológico acerca del origen de los indios, que ocupó la atención de pensadores europeos durante los casi cuatro siglos de historia colonial en la región.

La idea de las Américas (una tierra de riquezas y criaturas míticas) existía en el imaginario colectivo de la Europa medieval y renacentista antes del descubrimiento geográfico del continente (Milhou, 1983; Mason, 1986; Hulme, 1986; Lacarra, 1990; Acosta,

Venezuela, 1965. *Cursó Estudios Judaicos y Periodismo en la Universidad Católica Andrés Bello y en Gratz College, Philadelphia; está completando su doctorado sobre historia e identidad de una comunidad de descendientes de judíos en la Amazonía peruana. Ha publicado dos obras de ficción: David de los Tiempos (1989) y Llegar cerca (1996).*

1993; Dahtornen, 1994), pero sólo cuando las primeras expediciones al Nuevo Mundo se convirtieron en rutina, se constituyó la realidad americana en un problema teológico para el cristianismo. Después de que Cristóbal Colón iniciara la tradición de asociar paisajes de las Américas con lugares bíblicos, los primeros conquistadores y cronistas intentaron ubicar con precisión el paraíso terrenal y la tierra de Ofir, hacia donde, según el Antiguo Testamento, el Rey Salomón había enviado una flotilla en búsqueda de metales preciosos utilizados para la construcción del Templo de Jerusalén (Reyes I, 9:26 y 10:10). Sin embargo, cuando los conquistadores se toparon con las civilizaciones sofisticadas de los aztecas, los mayas y los incas, comprendieron que el Nuevo Mundo era algo más que un “depósito” de bellezas naturales y riquezas minerales. Sociedades complejas habitaban las Américas desde siglos atrás, y de alguna manera, la naturaleza de los indios y sus orígenes debían tener una conexión con la historia de la civilización judeocristiana. Misioneros, cronistas e historiadores se apremiaron a elaborar argumentos convincentes que pudiesen sintetizar la cosmología cristiana con los misterios de las Américas. Dentro de este marco, afloraron las primeras teorías que asociaban a indígenas y hebreos en el Nuevo Mundo.

Son muchas las teorías y contra-teorías indo-hebreas que se debatieron entre los siglos XV y XVIII. La literatura sobre el tema es vasta,¹ pero resulta más fascinante ahondar en las razones que motivaron a tantos pensadores a analizar estas teorías: ¿Por qué teólogos y pensadores católicos habrían querido introducir la figura del judío para explicar la presencia de indígenas en el Nuevo Mundo, en contraste con otros pensadores que con vehemencia refutaron cualquier nexo entre judíos y poblaciones nativas de las Américas?

Es cierto que las diferentes versiones de teorías indo-hebreas que surgieron a principios del siglo XVI contribuyeron a aportar explicaciones convenientes al problema que significaba para el cristianismo la existencia misma de los indígenas americanos. Sin embargo, también resultaba paradójico sugerir que los indios tenían ancestros judíos, cuando la Inquisición instituida en la Península Ibérica en 1478 se había fijado la meta de establecer el equivalente de un imperio *Judenrein* (libre de judíos) en todas sus colonias.² Por sobre todo, la monarquía española insistió en que el Nuevo Mundo debía ser un enclave católico y por ende, decretó una serie de leyes –entre el siglo XV y el siglo XVIII– que excluían de las Indias españolas a todos los judíos y cristianos nuevos o conversos. A pesar de estas prohibiciones, muchos conversos llegaron al Nuevo Mundo y se establecieron en

las principales ciudades del continente. Respondiendo al llamado del Santo Oficio, el Rey Felipe II decretó el 7 de enero de 1569 la fundación de la Inquisición en las Américas, y rápidamente fueron establecidos sus tribunales en Perú (1569) y México (1571). Cuando la organización administrativa de las colonias se hizo más compleja, las autoridades reales abrieron otro tribunal en Cartagena, Nueva Granada, en 1619, para así facilitar la tarea de enjuiciar herejes.

Un número importante de cristianos nuevos que vivían en las colonias portuguesas y españolas continuaron en secreto tradiciones judías (a estos conversos se les conoce como cripto-judíos o marranos).³ Sus descendientes gradualmente se asimilaron por completo a la religión católica. Por eso, resulta irónico que haya sido la misma Iglesia, que tanto se esforzó en borrar todo vestigio del judaísmo en sus territorios, la que introdujo la figura del judío en las Américas. A través de las misas y los sermones, los misioneros católicos enseñaron a los indígenas americanos quiénes eran los judíos –aquellos indeseados “otros” inexorablemente vinculados a la identidad cristiana– y de esta manera, los clérigos pudieron difundir su propia historia y sus creencias.⁴

Desde un punto de vista ideológico, “el judío invisible” (la antítesis del cristiano) llegó a las Américas en el siglo XVI, cuando se volvió visible a los ojos de quienes propusieron la teoría ofirita del origen de los indios. Colón fue el precursor de esta teoría cuando afirmó que las regiones ricas en minerales del Nuevo Mundo eran las famosas minas de la tierra de Ofir. Esta noción que proponía un vínculo hebreo entre el viejo y el nuevo continente, se hizo más compleja cuando pensadores europeos comenzaron a relacionar la tierra de Ofir con el personaje bíblico Ofir, un descendiente de Noé mencionado en el libro de Génesis. De esta manera, Ofir –la tierra– y Ofir –la persona– gradualmente fueron fusionados por teólogos que argumentaron que el nombre del lugar tenía su origen en el nombre del descendiente de Noé. De acuerdo a esta teoría, los indígenas americanos eran descendientes del reino de Ofir, cuyos habitantes, a su vez, descendían de Ofir, descendiente de Noé.

En el siglo XVII, el debate teológico sobre el origen de los indios americanos dejó de lado la teoría ofirita para concentrarse en otra noción cuya fuente también estaba en el Antiguo Testamento: las diez tribus perdidas de Israel. Los partidarios de esta hipótesis sostenían que las poblaciones nativas de las Américas descendían de antiguos habitantes del reino de Israel que habían sido exiliados a Babilonia en el año 722 AEC. Estos israelitas nunca retomaron a su tierra y su incierto destino dio origen a toda una literatura mítica, oral y escrita, sobre los posibles lugares

adonde llegaron las tribus dispersas. Eventualmente, el continente americano se presentó como una alternativa para explicar por qué las tribus perdidas no habían sido halladas en la geografía conocida por los europeos. Como en el caso de la teoría ofirita, los defensores de la idea según lo cual ¶los indios del Nuevo Mundo descendían de las diez tribus de Israel desarrollaron especulaciones cada vez más intrincadas. Algunos teólogos comenzaron a diferenciar a los **israelitas** (descendientes de las tribus perdidas del reino del norte) de los **judíos** (descendientes del reino del sur de Judea). Para la mayoría de los pensadores cristianos no existía tal distinción, y clasificaron a las tribus perdidas como judíos, no tanto por razones ideológicas

como pragmáticas. La Iglesia Católica Romana consideraba que todos los seguidores de la ley mosaica eran gente perversa. Por lo tanto, si se identificaba a los indígenas americanos como descendientes de las tribus perdidas de Israel (que habrían huido de Babilonia, llegado a las costas del Nuevo Mundo y difundido sus creencias insidiosas a lo largo del continente), entonces se podía explicar con relativa facilidad la naturaleza corrupta de los indios. Esta idea explicaba los casos de resistencia indígena contra las creencias cristianas, que algunos misioneros interpretaban, no como producto de su inocencia pagana, sino como supersticiones que los originales habitantes judíos habían absorbido durante su estadía en Babilonia, para luego enseñárselas a los indios. La influencia de estos judíos explicaba convenientemente los ritos bárbaros de los indios y, al mismo tiempo, permitía a los españoles justificar el tratamiento brutal que infligían a dichos súbditos, a quienes debían convertir al cristianismo.

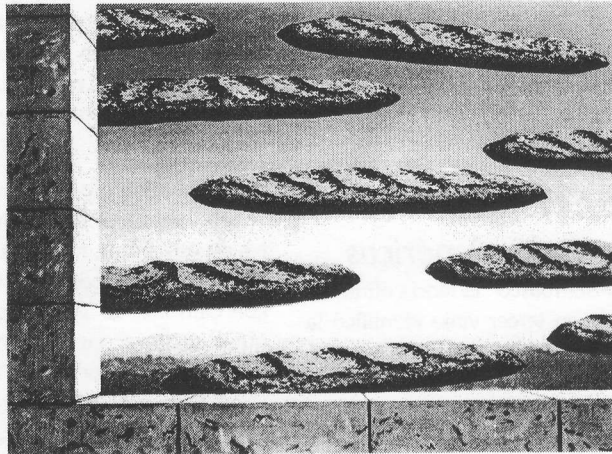
Mientras algunos teólogos católicos continuaban buscando conexiones entre indígenas americanos y judíos que pudiesen servir para los propósitos políticos y religiosos de la corona española, pensadores judíos y protestantes se interesaron en este debate inspirados por motivaciones radicalmente diferentes. A mediados del siglo XVII, teólogos de diferentes denominaciones cristianas y de diversas corrientes del pensamiento judío adaptaron las teorías indo-he-

breas a su propia conveniencia. De acuerdo a la cosmología judía y protestante, la revelación de que los habitantes nativos de América descendían de las diez tribus perdidas era un anuncio divino de la era pre-mesiánica. La presencia de judíos en las Américas –y por ende, en “los cuatro rincones del planeta”– anunciaba la venida del Salvador, ya que la dispersión de los hijos de Israel significaba para los protestantes evangélicos una precondition para la redención de la humanidad (después de la conversión voluntaria de los israelitas al cristianismo, por supuesto). Para el pueblo judío, esta misma situación de dispersión generalizada señalaba el retorno de los exiliados a la tierra prometida, un prerrequisito para la venida del

Mesías. Protestantes y judíos no interpretaron el espectro de teorías indo-hebreas como una manipulación de la Iglesia Católica Romana, sino más bien dieron la bienvenida a esa teoría como una señal de la futura gloria de sus seguidores. Sin embargo, para

los protestantes, tanto como para los católicos, la conversión de judíos era un requisito para la segunda venida de Cristo.

La Iglesia Católica Romana rechazó las nuevas teorías de las diez tribus perdidas una vez que ellas fueron utilizadas en beneficio de religiones rivales. Pensadores católicos comenzaron a abandonar toda especulación de una conexión indo-hebrea, explicando el origen de los indígenas americanos de acuerdo a narraciones pre-hebraicas del Antiguo Testamento (previas a la historia del patriarca Abraham). A comienzos del siglo XVII, el debate volvió a enfocarse en la figura de Ofir, hijo de Yoktán, descendiente de Noé, e incluso, en otras historias relacionadas con los hijos de Noé, particularmente, las de Ham y Shem, a quienes el sobreviviente diluviano maldijo para todas sus generaciones. Otros pensadores católicos también afirmaron que los indios eran descendientes directos de Adán y Eva, indicando que el paraíso terrenal había sido creado en las Américas. En los siglos XVIII y XIX, sin embargo, teólogos de la Iglesia Católica Romana ya habían dejado de lado esta controversia, que prácticamente quedó en ma-



nos de algunos intelectuales laicos que aún encontraron vínculos entre indios y judíos en el Nuevo Mundo.

La evolución de este debate invita a dos preguntas fundamentales que serán analizadas en las próximas páginas: ¿Por qué las teorías indo-hebreas sobre el origen de los indígenas americanos fueron tan controversiales? ¿Por qué, después de introducir la figura “molesta” del judío en las Américas, teólogos católicos comenzaron a de-judaizar estas teorías? Para analizar las dos cuestiones, se incluirán entre las teorías indo-hebreas todas las conjeturas que relacionan a las poblaciones nativas de las Américas con descendientes de la monarquía hebrea (el Ofir del rey Salomón), con los descendientes del reino de Israel (las diez tribus perdidas), con los descendientes del reino de Judea (los judíos) y con los descendientes de cripto-judíos o marranos que inmigraron a las Américas.

El Ofir del Rey Salomón: una colonia hebrea en las Américas

Cristóbal Colón “desembarcó” la teoría ofirita en las Américas cuando en su tercer viaje identificó la región de Veragua, en Hispaniola, como la tierra bíblica de Ofir. Convencido de estar destinado a liderar una gran cruzada cristiana, Colón describió a las Indias inspirado en su conocimiento de cartografía medieval e historia bíblica y en sus anhelos mesiánicos. Para el Almirante de las Américas, un evento como el “descubrimiento” de antiguas tierras en donde el imperio católico de España sometería y cristianizaría a sus habitantes, auguraba la inminente conquista de Jerusalén por parte de los reyes de España, y así, la llegada del milenario.

Colón murió con la convicción de haber llegado a Cipango y a las islas vecinas de la India, pero también creyó haber encontrado el paraíso terrenal en las costas de Venezuela y la tierra de Ofir en la isla de Hispaniola. En el siglo XVI, pensadores como Benito Arias Montano, Gilbert Genebrad, Ambrosio Fernandes Brandão y Miguel Cabello Valboa participaron en el debate sobre la precisa ubicación de Ofir en las Américas. Esta discusión suscitó complejas teorías basadas en interpretaciones religiosas y nociones geográficas muy diferentes de aquellas con las que Colón tuvo que lidiar, pues ya se conocía que los indios no eran habitantes de las Indias orientales, sino pueblos de un continente hasta ahora desconocido, cuya existencia no estaba explícitamente mencionada en el Antiguo Testamento. Entonces, ¿cómo relacionar un **Nuevo Mundo** con el Jardín del Edén o la tierra de Ofir?

Los seguidores de la *Biblia Poliglota* de Arias Montano (1572) y la *Chronologia Hebraeorum Major* de Genebrad (1578), ubicaron la tierra antigua de Ofir en Perú, sosteniendo que el mismo nombre *Perú* o *Piró*, era una transmutación de la la palabra *Ofir* o *Opir*. Uno de los personajes de la obra *Diálogos das Grandezas do Brasil* de Fernandes Brandão (1555) señala que Ofir era el puerto principal y capital de Tarsis (otra tierra a donde llegaron los navíos del rey Salomón). En los *Diálogos*, Brandão cuenta a Alviano cómo algunas embarcaciones del rey hebreo que se dirigían a Tarsis, una isla situada en la costa oeste de África, fueron arrastradas por una tormenta hasta las costas de Brasil, en donde encallaron. Los sobrevivientes del naufragio debieron permanecer en Brasil, y sólo los navíos que llegaron a Tarsis regresaron al reino hebreo. De esta manera, según Brandão, estos hebreos que accidentalmente llegaron a las costas americanas, eran los ancestros de los indios brasileños.

Gradualmente, los partidarios de la teoría ofirita se interesaron en descubrir el origen de los habitantes de esta tierra, más que la ubicación del lugar bíblico. Algunos teólogos asociaron la tierra de Ofir con Ofir, hijo de Yoktán, un descendiente de Noé a quien se le reconoció el crédito de haber fundado una nación en las Indias, siglos después del diluvio (Arias Montano fue el primero que vinculó a Ofir, el personaje bíblico, con Ofir, el lugar). Otros pensadores agregaron un componente hebreo a la teoría, afirmando que los ofiritas descendían de habitantes nativos del lugar y de hebreos que se mezclaron con ellos una vez que cumplieron su misión para el rey Salomón. De esta manera, el rol de Yoktán, como fundador de una nueva nación, podía asociarse con la presencia de descendientes de hebreos (y por consiguiente, de judíos).

El fraile Diego de Landa, en sus *Relaciones de las Cosas de Yucatán* (1566), insinuó la posibilidad de que los indios de la península de Yucatán pudiesen haber venido del Oriente, navegando el océano a través de doce rutas posibles. Si así fuera, observaba Landa, ellos pudieron haber sido súbditos de la antigua monarquía hebrea que se establecieron en la región. Aunque las *Relaciones* de Landa no fueron publicadas hasta el siglo XIX, su propuesta de que los indios yucatec fuesen de origen judío, pudo haber llegado a oídos de escritores como Motolinía, Sahagún y Suárez, quienes a finales del siglo XVI sugirieron paralelismos entre el destino de los indios de Nueva España, la gloria de los conquistadores españoles, y aquello que, según profecías del Antiguo Testamento, les ocurriría a los descendientes de judíos pecadores.⁵

El primer texto impreso que presentó la teoría de que indígenas americanos tuviesen orígenes hebreos fue el *De Extremo Dei Iudicio et Indorum Vocatione* de Joannes Fredericus Lumniu, publicado en Antwerp en 1567. Desde el comienzo, esta teoría probó ser controversial y, a finales del siglo XVI, Miguel Cabello Valboa, en su *Miscelánea Antártica* (1586), descartó toda posibilidad de que Ofir hubiera recibido influencia judía.

Cabello Valboa concordaba con Arias Montano con respecto a la ubicación y los orígenes de Ofir, rechazando la idea del mestizaje entre descendientes de Ofir, el hijo de Yoktán y navegantes hebreos de la flota del rey Salomón. Más aún, Cabello Valboa introdujo una nueva variante que intentaba conciliar las teorías del Ofir peruano de Arias Montano con el Ofir de Yucatán de Landa. Sugirió el pensador que los ofiritas de Perú habían viajado a una región al otro lado del gran mar (a Yucatán) estableciendo así una segunda Ofir. Las dos naciones fueron llamadas Piru del termino hebreo *Peruaim* o *Paruaim* (derivado de Ofir), cuya terminación (*aim*) implícitamente indica duplicidad, en este caso, la existencia de dos lugares llamados Ofir o un Ofir dividido.⁶ De esta manera, Cabello Valboa ubicó el bajo Pirú en Perú y el alto Pirú en América Central, cuyo nombre fue cambiado a Yucatán para honrar a Yoktán, el padre de Ofir, fundador del bajo Pirú.

Aunque Cabello Valboa apoyó la teoría ofirita, su trabajo se convirtió en el intento más explícito de distinguir entre la tierra de Ofir relacionada con la monarquía hebrea, y Ofir el descendiente de Noé. El Ofir post-diluviano y pre-hebraico servía a los propósitos de teólogos que querían explicar el origen de los indígenas americanos de acuerdo a premisas bíblicas, evitando asignar a hebreos, y en consecuencia a judíos, cualquier rol en la fundación de estas naciones. Algunos pensadores se opusieron absolutamente a las teorías ofiritas, mientras otros genuinamente creyeron que los indios del Nuevo Mundo descendían del reino de Salomón. Una "Ofir judía" (o judaizada) calzaba perfectamente en la cosmología de los misioneros españoles, en su cruzada por evangelizar a pueblos que ya tenían enraizadas creencias monoteístas, pero no el monoteísmo cristiano. Por el otro lado, los oponentes de un nexo indio-hebreo se desligaban del problema de tener que explicar "el arma de doble filo" de una teología que aceptaba la dispersión y presencia de judíos a lo largo del mundo. Obviamente, la supervivencia del pueblo judío, en condiciones que pudiesen permitirle declarar una misión divina como pueblo elegido de Dios, no era un asunto ansiado por la Iglesia Católica Romana.

La teoría ofirita del siglo XVI ofreció a estos dos bandos la oportunidad de defender sus tesis bajo ambas perspectivas.⁷ Sin embargo, el debate se radicalizaría en el siguiente siglo con la consolidación de una nueva teoría que definitivamente ubicaba el origen de los indígenas americanos en raíces hebreas, gracias a los mitos de las diez tribus perdidas de Israel.

La teoría de las diez tribus perdidas: Idólatras judíos en las Américas

Se puede considerar al filósofo y teólogo jesuita José de Acosta como el escritor que más propagó la controversial teoría de las diez tribus perdidas. Aunque Acosta se opuso a la noción de que los indígenas americanos procedieron de las tribus exiliadas del reino de Israel, su misma participación en el debate (siendo una distinguida autoridad en escolasticismo), estimuló a defensores de la teoría de las diez tribus a ahondar en las fuentes y proveer mejores conjeturas a favor de esta hipótesis, para así rebatir los argumentos de Acosta.

En su gran obra *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590) —uno de los estudios científicos más detallados de la geografía, la cultura y la historia del Nuevo Mundo escrito por un cronista-historiador de la Conquista— Acosta rechazó categóricamente cualquier relación entre los indígenas y pueblos mencionados en la Biblia o en obras clásicas como la *Atlántida* de Platón, a la cual, por cierto, Acosta consideraba una mera fábula. El erudito jesuita descartó toda asociación entre Perú y el Ofir del rey Salomón. En particular, y en contra de la bienvenida teoría de que las diez tribus perdidas fueron los ancestros de los habitantes nativos del Nuevo Mundo, Acosta rechazó esa noción popular, basada en el libro apócrifo de Esdras IV (13:12, 40-70), en la cual se relata cómo el rey Salmanasar de Babilonia envió a las tribus israelitas hacia tierras distantes obligándoles a cruzar un enorme río (un viaje de año y medio) hasta que arribaron a una región llamada Arzaret. Algunos teólogos como Gregorio García, Juan de la Puente y Pedro Simón consideraron que aquellas tierras distantes eran las Américas. Acosta rechazó esa idea, refutando, una por una, las premisas de los defensores de la teoría de la tribus perdidas (Acosta, 1984).

En 1591, el jesuita Juan de Pineda apoyó la obra de Acosta, criticando lo que él interpretaba como las argumentaciones insostenibles de Arias Montano, Genebrad, Goropio y otros abanderados de la teoría ofirita del Perú. Pineda, quien calificó de absurdo el raciocinio filológico que vinculaba a Perú con Ofir,

invocó a Garcilaso de la Vega para explicar el origen de la palabra "Perú": Berú era un término familiar entre los pescadores nativos del Perú, que los primeros colonizadores españoles escucharon repetir a los indios.⁸

El fraile Gregorio García se atrevió a desafiar a Acosta y a Pineda en su *Origen de los Indios* (1607), apoyando con argumentos audaces la tesis Perú-Ofir y las teorías de las tribus perdidas como aquella de Diego Durán, quien aseguraba que los indios mexicanos eran sus descendientes y por ello sufrían el destino que Dios proclamó contra los antiguos ídólatras de Israel.⁹

García desarrolló su teoría en los términos de Acosta, elaborando propuestas científicas para sustentar su tesis, pero, inevitablemente, su obra refleja una retórica religiosa y racial muy propia de la época. Acosta describió características de la naturaleza de los indígenas y los judíos que, en su opinión, presentaban importantes semejanzas y, por ejemplo, podían advertirse en lo que él veía como la inclinación de los indios a la mentira y a la idolatría, y en sus tradiciones y ceremonias (especialmente los rituales de pureza y sacrificios de animales). La obra de García otorgó un importante impulso a la teoría de las diez tribus perdidas y también transformó un postulado problemático en una solución teológica, ya que explícitamente diferenció a los descendientes del reino de Israel de los del reino de Judea. Para García, los dispersos por el mundo no eran los judíos, sino los **israelitas**, quienes, en todo caso, habían sido más propensos a la idolatría que sus primos de Judea. Esta tesis otorgó a los españoles una justificación coherente para explicar el tratamiento cruel con que sometían a los "bárbaros" nativos del Nuevo Mundo. Así, los conquistadores y misioneros encontraron un sólido terreno teológico para excusar su intolerancia y los actos de violencia que frecuentemente perpetraban.

El teólogo dominicano Juan de la Puente apoyó la teoría de las diez tribus, haciendo notar que, en un mapa del mundo compilado por Abraham Ortelius, Arzaret, la tierra donde habían llegado las antiguas tribus, estaba situada en el extremo noreste de Asia, "cerca de las Américas", de acuerdo a las nociones de cartografía medieval. En su obra *Convenencia de las Dos Monarquías Católicas* (1612), Juan de la Puente se basó en los conocimientos geográficos de la época para demostrar que los indígenas americanos provenían de judíos que habían sido condenados a ser perpetuamente parias (el judío errante) y de esta manera, fueron elegidos por Dios para expandir el monoteísmo. Por supuesto, la idea de tener judíos desempeñando una misión sagrada en un período en el que los cristianos eran considerados los únicos por-

tadores del mensaje divino, no fue bien recibida por la Iglesia Católica Romana.

En 1615, en su *Monarquía Indiana*, el fraile Juan de Torquemada rechazó la teoría de García, introduciendo una original alternativa al problema del origen de los indígenas de las Américas. Estos pueblos, aseguró Torquemada, descendían de Ham, el hijo de Noé, aquel personaje que se burló de la desnudez de su padre y por ello tanto él como su linaje fueron maldecidos y condenados a ser siervos de siervos. Negros e indios compartían el mismo destino de los descendientes de Ham, mientras que los judíos, de acuerdo a este fraile, pertenecían a otra categoría de ídólatras que no tenían relación con los habitantes nativos de las Américas.

Durante la primera mitad del siglo XVII todos los pensadores católicos que apoyaban o rechazaban la teoría de las tribus perdidas coincidían en su desprecio a lo que percibían como la naturaleza viciosa de los judíos. Otros pensadores que científicamente refutaban teorías indo-hebreas debatían postulados basados en las obras clásicas de historiadores, geógrafos y filósofos griegos (como la ascendencia cartaginesa o tártara de la Atlántida) para explicar el origen de los indígenas americanos. Paralelamente, los defensores de la teoría de las tribus perdidas continuaban ahondando en fuentes que sustentaban la premisa de que los indios-judíos eran un pueblo merecedor de las penas y aflicciones que sufrían.

El fraile Pedro Simón agregó un nuevo ingrediente a la teoría de las diez tribus perdidas. Los indígenas americanos no eran descendientes de todas las tribus israelitas, escribió, sino de una de ellas, específicamente de la tribu de Isajar. Esta tribu había recibido una profecía del patriarca Jacob, quien le dijo a su hijo: "Isajar es un robusto asno que descansó en sus establos. Vio que su lugar de reposo era bueno y que era deleitosa la tierra, y prestó los lomos a la carga, y hubo de servir como tributario" (Génesis, 49,14-15). Citando este pasaje en sus *Noticias Historiales* (1627), Pedro Simón no solamente resolvía el problema de evitar asociar a las civilizaciones americanas con la mayoría de los descendientes de Israel, sino también proveía una sustentación para justificar el maltrato que los indios recibían en las colonias españolas. Después de todo, Simón aseguraba, los nativos de las Américas eran gente terca, olvidadiza, descuidada e incapaces de comprender la fe cristiana, por lo tanto, merecían ser tratados según la descripción de Jacob, y estaban obligados a trabajos pesados y a pagar tributo a sus amos. La tesis de Simón puso en bandeja de plata un excelente argumento moral para explicar la crueldad de los conquistadores y encomenderos. Esta teoría también lograba destrabar el

problema teológico de tener que reconocer que todos los israelitas estaban dispersos “en los cuatro rincones de la tierra”, un alegato que eventualmente sustentaba la profecía de Isaías sobre el exilio y retorno de los judíos a la tierra prometida.

La teoría de Isajar, que excluía a las demás tribus perdidas, fue endosada por Antonio Vázquez de Espinoza en su *Compendio* (1630). Gradualmente, ésta se convirtió en la hipótesis más aceptada por los defensores del vínculo indo-hebreo, desplazando a la teoría ofirita que aún tenía unos pocos “creyentes”, como Fernando de Montesinos, quien en sus *Memorias Antiguas del Perú* (1624) todavía consideraba que la relación entre habitantes de Ofir e indígenas americanos era la explicación más lógica del origen de estos últimos. Pero ideas como la del fraile Montesinos eran la excepción en el siglo XVII. Después de 1630, la teoría de las tribus perdidas, con su variante de Isajar, se convirtió en el más popular de todos los alegatos teológicos a los cuales echaron mano la mayoría de los pensadores católicos de la época.

¿Qué clase de razonamiento o circunstancia podía desafiar teorías tan convenientes como la de las tribus perdidas? La participación de judíos y protestantes en el debate, por supuesto.

En 1650 un filósofo y teólogo judío, Rabí Menasé ben Israel, escuchó una historia pintoresca relatada por un sujeto exótico que fue convocado por las autoridades religiosas de la comunidad judía de Amsterdam. Antonio de Montesinos, un portugués converso que había sido encarcelado en Cartagena por la Inquisición, contó el relato de su fascinante encuentro con un grupo de indios de Nueva Granada. Estos indios aseguraban estar en contacto con una comunidad de hebreos que se había establecido en las Américas desde tiempos atrás, luchando y derrotando a otras tribus indígenas y a conquistadores españoles que se atrevieron a atacarlos. Según Montesinos, los indios que él encontró habían llegado a la conclusión de que esos hebreos eran invencibles porque eran portadores de la única y genuina fe, y por eso pidieron a los hebreos que les enseñaran su religión. Los misteriosos judíos de Nueva Granada no querían ser perturbados y disfrutaban de su aislamiento, pero aun así accedieron a sostener encuentros esporádicos con estos indios y poco a poco, les enseñaron la fe judía.¹⁰

Menasé ben Israel escuchó la historia de Montesinos y estimulado por su amigo, el teólogo inglés Thomas Thorowgood (quien apoyaba la teoría de las diez tribus perdidas), se decidió a escribir sus opiniones sobre el asunto. El resultado fue su obra clásica *Mikveh Israel* o *La Esperanza de Israel* (1650), en la cual el rabino concluyó que las Indias habían sido

habitadas en tiempos antiguos por algunas de las tribus israelitas, mientras que otras se habían dispersado a lo largo y ancho del mundo. Así, escribió el filósofo judío, todos los descendientes de Israel seguían manteniendo su religión a la expectativa de la materialización de la profecía de Isaías sobre el retorno a Jerusalén y la unificación con las otras tribus.

Un aspecto fascinante del trabajo de Menasé ben Israel es la variedad de sus fuentes: utilizó el Antiguo Testamento y apuntes geográficos e históricos de la Europa en transición hacia el Iluminismo, pero, curiosamente, en su trabajo se pueden encontrar citas de cronistas nacidos en el continente americano como Alonso de Ercilla y el Inca Garcilaso de la Vega. Aunque no hay fuentes confiables que confirmen la participación de Garcilaso de la Vega en el debate indo-hebreo (Durand, 1979), Menasé ben Israel aseguraba que la descripción que el Inca hizo de un monumento arquitectónico en Tiahuanacu demostraba que el templo había sido contruido por judíos. Lo único certero que se puede deducir del rol de Garcilaso de la Vega en el debate sobre el origen de los indígenas americanos es esto: el hecho de que sea citado por Menasé ben Israel muestra cómo eminentes pensadores utilizaban cualquier fuente –por más remota o exótica que fuese– para sustentar sus premisas teológicas ante posibles desafíos a sus creencias religiosas.

La teoría de las diez tribus perdidas se convirtió en una poderosa fuente de inspiración para judíos y protestantes como John Dury y el reverendo John Elliot (en los Estados Unidos). Para los judíos, el descubrimiento de las tribus perdidas era un evento anhelado durante siglos, que anunciaba la era mesiánica. Para los protestantes, la reaparición de las tribus en las Américas estaba relacionada con la inminente conversión de los judíos antes de la llegada del milenario. Hubo varios cristianos bien intencionados que honesta y firmemente creyeron que la conversión de Israel y la restauración de Palestina debían preceder a la segunda venida de Cristo. En 1809, Joseph Samuel C. F. Frey y otros judíos ingleses que habían adoptado la fe cristiana, fundaron la Sociedad Londinense de Promoción del Cristianismo entre los Judíos. Protestantes norteamericanos se unieron a la cruzada para apresurar la venida de Cristo y establecieron en 1820 la Sociedad para Mejorar las Condiciones de los Judíos. La cristianización de las tribus perdidas en América y de inmigrantes judíos se convirtió en una cruzada de primer orden para aquellos protestantes ansiosos con cumplir su sagrada misión (Gidney, 1908; Friedman, 1934; Khon, 1965).

Reaccionando a las interpretaciones religiosas de judíos y protestantes respecto de las diez tribus en las

Américas, teólogos católicos ahondaron en argumentos bíblicos para así demostrar la naturaleza pecadora de los indios-israelitas. En las postrimerías del siglo XVII, pensadores como Diego Andrés Rocha y Baltasar de Medina enfatizaron las similitudes negativas entre los dos pueblos. En su *Origen de los Indios* (1681), Rocha rastreó el origen de los indios americanos en la generación de los hijos de Noé, Ham y Shem, asegurando que los españoles descendían del único hijo a quien Noé bendijo: Yafet. Según Rocha, Isaías había profetizado la conquista española de las Américas y su dominio sobre los descendientes de los dos hijos maldecidos por Noé, quienes fueron nuevamente maldecidos por Moisés en el Sinaí a raíz del becerro de oro. Así, las tribus israelitas sentenciadas a un triste destino eran descendientes de Shem y de Moisés (para Rocha, como para muchos otros europeos, los descendientes de Shem eran los pueblos semitas) y esta doble maldición se materializó en México donde estas tribus fundaron la civilización tolteca, que sufrió una destrucción calamitosa. Rocha también reintrodujo la teoría ofirita, afirmando que los indios de Sudamérica descendían de Yoktán (el padre de Ofir), cuyos descendientes eran miembros de la tribu de Isajar.

A estas alturas, vemos que los participantes en este debate utilizan referencias interpuestas de una y otra teoría, de uno y otro pasaje bíblico. La abrumadora cantidad de argumentos presentados por estos teólogos sugiere hasta qué punto se hizo urgente para los pensadores católicos presentar evidencias que sustentaran la cosmología anti-judía de la conquista, que comenzaba a resquebrajarse gracias a los rivales de la Iglesia Católica Romana.¹¹

La teoría de las tribus perdidas es apenas mencionada por los pensadores católicos de los siglos XVII y XIX. Sin embargo, protestantes norteamericanos, ansiosos en su empeño de evangelizar a los indios y convertir a los judíos al cristianismo, adoptaron de buena gana esta hipótesis. Investigadores como James Adair, Elia Boudinot, presidente de la Sociedad Bíblica Americana durante la década de los 1820, y Lord Kingsborough, quien sostuvo que los aztecas eran las tribus perdidas de Israel, insistieron en el nexo indo-hebreo. Las secuelas de estas creencias condujeron a la creación de la ya mencionada Sociedad para Mejorar las Condiciones de los Judíos (1820), que intentó establecer una colonia judeo-cristiana para convertir al cristianismo a los aborígenes norteamericanos y a los judíos provenientes de Europa.

Algunos judíos utopistas como Mordecai Manuel Noah reaccionaron contra esta campaña proselitista de los protestantes. En 1825, Noah intentó sin éxito

fundar un pequeño estado que sirviera de refugio a los judíos en una isla ubicada en el río Niágara en Grand Island, estado de New York. Noah se autoproclamó "Juez de Israel" y convocó a todos los judíos y a sus hermanos, los indios norteamericanos, en su condición de descendientes de tribus perdidas de Israel, a unirse a la comunidad de Ararat hasta el día en que los judíos pudiesen establecerse en Palestina. Entre otros decretos, Mordecai Noah abolió para siempre la poligamia entre judíos (un asunto que quedó inconcluso desde los tiempos antiguos y que según su conocimiento seguía siendo practicado por sectas judías en Asia y Africa); sugirió la creación de un ejército judío que algún día pudiese liberar Palestina y Jerusalén del dominio otomano; y, junto a judíos y aborígenes norteamericanos, invitó a los judíos karaítas y samaritanos, a los judíos negros de la India y Africa, y los de Cochín y la costa de Malabar, a unirse en la empresa de crear un gobierno soberano en el asilo de Ararat, en donde todos estos grupos tendrían los mismos derechos (Kholer, 1900). En una carta dirigida a Erasmus H. Simon, un judío convertido al cristianismo que apoyaba la idea de mejorar las condiciones de los judíos norteamericanos (obviamente, parte de esto consistía en enseñar al pueblo judío el mensaje de Jesús), Noah expresó: "Me siento feliz de coincidir contigo en la opinión de que los aborígenes de América son los descendientes de las tribus perdidas. Quizá no estás informado del hecho de que Menasé ben Israel escribió un trabajo, hace 200 años, en el cual afirmaba que ellos [los indígenas americanos] son un remanente de las tribus perdidas. Esta conclusión de Menasé ben Israel esta basada en evidencias del estudio de los primeros viajeros que llegaron a México" (Kohn, 1965, p. 183).

El tema de las diez tribus perdidas también inspiró a Joseph Smith en la fundación de la Iglesia Mormona en la primera mitad del siglo XIX. Smith aseguraba que un remanente de los antiguos hebreos existía en América y se había reagrupado con las tribus israelitas que vinieron a las Américas y no a Babilonia, después de la destrucción de Jerusalén. Joseph Smith postulaba también que Jesús predicó en los Estados Unidos y esa era la razón por la cual los mormones eran los verdaderos voceros del mensaje cristiano que conduciría a los norteamericanos hacia el milenario.

Uno de los personajes más extravagantes que se acreditó una teoría muy peculiar que incluía a las tribus perdidas es John Cleves Symmes, autor de la fantástica *Teoría de las Esferas Concéntricas* (1819). Symmes afirmaba que nuestro planeta es hueco y habitable por dentro, y que en una de las cinco esferas donde habitaban los seres humanos residían las tribus perdidas.¹²

El popular motivo de las diez tribus perdidas se convirtió así en un instrumento teológico conveniente para judíos y protestantes. Por esta razón, pensadores católicos comenzaron a evitar el uso de la teoría, e incluso apenas participaban en las discusiones sobre el origen de los indios. Los pocos católicos españoles que continuaron interesados en el tema, des-judaizaron la controversia, recurriendo a citas del libro de Génesis que se remontaban a épocas previas al surgimiento de Abraham y los primeros hebreos.

De-judaizando el debate: El Paraíso terrenal, contacto con conversos y “silencio teológico”

Alguna vez, durante la década de 1640-1650, un erudito jesuita, Antonio de León Pinelo, propuso una teoría sobre el origen de todos los seres humanos, que pondría en tela de juicio todas las ideas de su época. Quizá, sugirió Pinelo, Dios había creado el Jardín del Edén en las Américas. Esto significaba que los europeos eran los descendientes de los primeros habitantes del planeta, que vivieron en el “Nuevo Mundo”.

En 1656 comenzó a circular en España el manuscrito de Pinelo, pero sólo se imprimieron portadas, índices y algunas tablas; en su totalidad (cinco libros divididos en 89 capítulos), el manuscrito fue publicado solamente en 1956 por el gobierno del Perú, a instancias del historiador Raúl Porrás Barrenechea, como parte de la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento del Amazonas. ¿Por qué demoró este libro 300 años en llegar a los anaqueles de las bibliotecas de España? No hay una respuesta a esta interrogante, pero quizá la idea de que los primeros seres humanos hayan sido creados en las Américas no fue muy atractiva para los europeos, quienes se consideraban santificados por Dios desde los tiempos antiguos. ¿Puede esta insinuación explicar la inaccesibilidad de la obra *El Paraíso en el Nuevo Mundo* de León Pinelo por tres siglos? Dejemos la duda a los deudores.

Colón creyó haber puesto sus pies en la mismísima tierra del paraíso terrenal, pero él estaba seguro de haber llegado a las Indias Orientales. Aquella presunción del almirante genovés no era ajena al mapa imaginario de la Europa medieval cristiana, que ubicaba al Jardín del Edén en algún lugar lejano del mundo conocido. Cuando los europeos captaron que habían llegado a un continente nuevo, algunos de los viajeros hipnotizados por las bellezas naturales de las Américas enfatizaron la naturaleza paradisíaca de sus paisajes, pero nadie se atrevía a ratificar la idea de Colón sobre el paraíso terrenal. El portugués jesuita

Simão de Vasconcellos insinuó la posibilidad de que el Jardín del Edén pudiera haber estado en Brasil, pero su tímida intuición no puede ser comparada con la categórica y detallada obra de Pinelo, que aseguraba, sin lugar a dudas, que un paraíso terrenal corpóreo (sí, el Jardín del Edén de la Biblia) se hallaba en la región amazónica peruana.

Las premisas insolentes de Pinelo revolucionaban (y amenazaban peligrosamente) la concepción cristiana del Nuevo Mundo. Si el paraíso terrenal estaba en las Américas, entonces Europa era el Nuevo Mundo que se encontraba con el antiguo mundo donde la humanidad comenzó su gesta. De ser cierta esta teoría, los europeos eran los descendientes de Noé, que vivían en la tierra de Ararat, donde el arca llegó tras el gran diluvio universal, y los europeos eran descendientes de indígenas americanos que había sobrevivido al diluvio. Esta tesis era inaceptable para la Europa etnocéntrica cristiana del siglo XVIII. Por otra parte, el nexo indo-israelita se había convertido en un raciocinio poco conveniente, ahora que judíos y protestantes habían encontrado la manera de usarlo en su beneficio. Por eso, durante el siglo XVIII, muy pocos intelectuales católicos insistieron en estas teorías, y en el mejor de los casos apenas se referían brevemente a ellas.¹³

La teoría de las diez tribus perdidas se desvaneció en la literatura escolástica de España y Latinoamérica en el siglo XVIII, mientras cobraba vigor en la literatura religiosa norteamericana. En el siglo XIX, esta teoría sustentó proyectos utópicos como los de la Sociedad para Mejorar las Condiciones de los Judíos y la empresa de Mordecai Noah, mientras apenas era mencionada en las recién nacidas repúblicas latinoamericanas. Ocasionalmente, algún intelectual interesado en el tema del origen de los indios rastrea a los ancestros nativos de las Américas, en base a las antiguas referencias a Ofir, hijo de Yoktán, y Ham, hijo de Noé, pero escasamente se encuentran citas que relacionen a los indios con los hebreos.

Dos de los más fascinantes ejemplos de los últimos defensores de la tesis de una conexión entre indio y judío, están relacionados con la obra de dos intelectuales colombianos: José María Samper y Soledad Acosta Samper. En su libro *Ensayo sobre las revoluciones políticas* (1861), José María Samper resalta lo que para él eran evidentes similitudes físicas entre el pueblo colombiano (especialmente los habitantes del departamento de Antioquía) y los judíos, enfatizando con orgullo que en el Nuevo Mundo los descendientes de Yafet, Shem y Ham se habían encontrado y con “un abrazo fraternal” habían creado un universo de armonía a pesar de la diversidad (Samper, 1861, p. 76).

En 1892 la escritora Soledad Acosta Samper propuso una interesante teoría para explicar la historia de Antonio de Montesinos, que inspiró la obra de Menasé ben Israel sobre las diez tribus perdidas. Acosta de Samper afirmaba que un grupo de “marranos” o conversos habían arribado al departamento de Antioquía en Colombia, antes de la llegada de los conquistadores españoles. Estos conversos retomaron a sus tradiciones judías y vivieron aislados de los indios, quienes los vieron como enemigos. Más tarde, cuando los españoles conquistaron la región, algunas tribus indígenas decidieron entablar amistad con estos judíos, quienes les pidieron que no revelaran su refugio secreto a los conquistadores. Este fue el grupo de indios y judíos que Montesinos encontró en Nueva Granada. De acuerdo a Acosta de Samper, el impresionante parecido físico y las similitudes culturales entre judíos y los habitantes de Antioquía probaban que la historia de Montesinos era cierta (Acosta de Samper, 1967).

En ambos casos, los dos intelectuales hicieron hincapié en las características positivas y loables de antioqueños y judíos, invirtiendo la visión tradicional de que indios y judíos eran pueblos holgazanes, ingratos y poco civilizados. El siglo XIX es el siglo en que Latinoamérica asimiló el legado de la Ilustración europea. Algunos intelectuales comenzaron a postular la noción de la raza cósmica de Vasconcelos, de una identidad mestiza que unió lo mejor de las razas europeas, blancas, indias y, en algunos casos, la influencia de pueblos inmigrantes como los judíos.

Esta idea novedosa de un vínculo entre inmigrantes conversos y tribus indígenas resultó ser una explicación más que aceptable para entender algunos paralelismos entre indígenas americanos y judíos, con respecto a hábitos alimenticios, tradiciones familiares y similitudes en su apariencia (por supuesto, este parecido estaba en los ojos de los que proponían dicha teoría). Todavía en el siglo XX, algunos científicos sociales e intelectuales siguen fascinados con casos específicos que parecerían vincular a grupos indígenas con costumbres judías o el lenguaje hebreo.¹⁴

Desde el siglo XVIII en adelante, las teorías indo-hebreas no sólo perdieron resonancia entre los pensadores católicos, sino que además, toda la controversia del origen de los indios pasó a un segundo plano. Había nuevos debates y controversias inmediatas que convocaban la atención de los oficiales, intelectuales y teólogos españoles: cuestiones morales acerca del sistema de encomiendas, rebeliones indígenas, guerras entre España y sus vecinos europeos, y un proceso gradual de secularización del imperio español, que ya estaba en declive. Problemas

como estos minimizaron el interés por un debate tan abstracto como el del origen de los habitantes nativos de las Américas.

Pero más allá de estas razones circunstanciales, los católicos gradualmente se retiraron de este tipo de debates en el siglo XVIII por motivos religiosos. Este “silencio teológico”, en los escenarios donde el debate se sostenía, no sólo revela cómo el catolicismo en Europa comenzaba a perder terreno en una época de Iluminismo, revoluciones y de pérdida creciente de poder de la Iglesia Católica Romana, sino también sugiere que los teólogos católicos no pudieron seguir utilizando con efectividad los tradicionales argumentos y el discurso religioso que una vez les ayudó a explicar la realidad de un mundo cambiante, mundo en el cual judíos, protestantes y otros “herejes” aprendieron a revertir conceptos, significados y eventos históricos que previamente habían sido elaborados para manipularlos y atarlos durante siglos a los objetivos de su Iglesia.

Conclusión

La evolución de la controversia sobre el origen de los indios nos proporciona elementos de estudio de la escatología y las ideas científicas que prevalecieron entre los teólogos españoles y eruditos católicos desde el siglo XV hasta nuestros días. Este debate también sugiere cómo argumentos originalmente presentados con propósitos teológicos fueron usados y transformados por varios pensadores cristianos, y ocasionalmente judíos, de acuerdo a las teologías colectivas de los participantes en el debate y de acuerdo a sus peculiares circunstancias biográficas e históricas (por ejemplo, la cristianización española de los indios, las campañas evangelistas de protestantes en los Estados Unidos en los siglos XVII y XVIII, el renacimiento de una cultura judía en la Amsterdam de Menasé ben Israel, etc.).

El debate de los orígenes de los habitantes nativos de las Américas comenzó enfatizando un Ofir ambiguo, que oscilaba entre ser una nación pre-hebraica (de descendientes de Ofir, hijo de Yoktán) o una nación de descendencia post-hebraica (la Ofir del Rey Salomón). Durante el siglo XVI, intelectuales europeos se dedicaron a discutir la ubicación geográfica de Ofir, mientras que el aspecto indo-hebreo de la teoría ofirita parecía no causar mayores cuestionamientos teológicos. En el siglo XVII, la teoría de las diez tribus perdidas de Israel (no necesariamente desvinculada de las conjeturas ofiritas) ganó popularidad entre los teólogos de la conquista y se convirtió en necesario tema de discusión para cualquier participante en el debate sobre el origen de los indígenas americanos. Esta teoría calzó perfectamente con los

propósitos políticos de la Inquisición, permitiendo que sus funcionarios consideraran a los indios bautizados como cristianos nuevos (ya que se les consideraba descendientes de judíos), la misma categoría utilizada para clasificar a los judíos conversos. El nexo entre israelitas e indios simplificaba la visión de la Iglesia Católica Romana en su misión de luchar contra la herejía de los cristianos nuevos.¹⁵

Uno de los aspectos más fascinantes en el fenómeno de introducción de la figura del judío como posible ancestro de los nativos de las Américas, fue la paradoja que esta noción creaba a una Iglesia interesada en propagar su mensaje sin permitir influencias judías que entorpeciesen esta misión. La expulsión de los judíos de España y la prohibición de que judíos o conversos viajaran al Nuevo Mundo parecen mostrar una gran preocupación por “liberar” a las Américas de la cuestión judía (la Inquisición estaba dispuesta a “limpiar” a España y sus colonias de judíos y de sus terribles creencias). Pero el hecho de que el cristianismo y el judaísmo compartieran un tronco común, en el cual el cristiano dependía de su *alter-ego* judío para explicar su teología, forzó a los misioneros católicos a mencionar y acosar con palabras a los judíos, para así enseñar el camino correcto de los verdaderos herederos de la palabra de Dios: los cristianos. En consecuencia, los nativos de las Américas aprendieron acerca de los judíos gracias a los misioneros cristianos.

De esta manera, las teorías ofiritas, que no necesariamente debían enfatizar el rol de antiguos hebreos en el poblamiento de las Américas, fueron desplazadas por una explicación judía para el origen de los habitantes del Nuevo Mundo. Algunos pensadores intentaron desligar con rotundos argumentos a los israelitas de los judíos, pero independientemente de la posición que tomaban, la teoría de las diez tribus perdidas de Israel postulaba una incuestionable relación entre indios y hebreos. Esta teoría, en todas sus variaciones, presentaba un tejido común entre todos los católicos que la utilizaron: los judíos (o israelitas) eran un pueblo despreciable. El ejemplo de la refinada teoría que rastreaba el origen de los indios en los descendientes de la tribu de Isajar muestra esta tendencia. De esta manera, teólogos católicos encontraron una justificación adicional al maltrato de los indios, pues siendo estos descendientes de un pueblo maldito, no merecían mejor tratamiento. Este argumento concedió un excelente raciocinio religioso para la conquista española y la dominación de los habitantes de las Américas.

En la mitad del siglo XVII, pensadores judíos entraron a participar en el debate. Menasé ben Israel concluyó que la dispersión judía se había extendido hasta las Indias y, como había judíos en todo el mun-

do, ello señalaba la aproximación de tiempos mesiánicos y la recompensa que Dios le había prometido a su pueblo elegido. Esta noción fue compartida por evangelistas protestantes quienes adaptaron las teorías de las tribus perdidas a sus visiones milenaristas. A fines de ese siglo, algunos teólogos católicos radicalizaron los argumentos, tratando de demostrar que la presencia de israelitas en el Nuevo Mundo era un señal de la materialización de profecías contra el pueblo judío y no una razón de optimismo para los enemigos de la Iglesia Católica Romana.

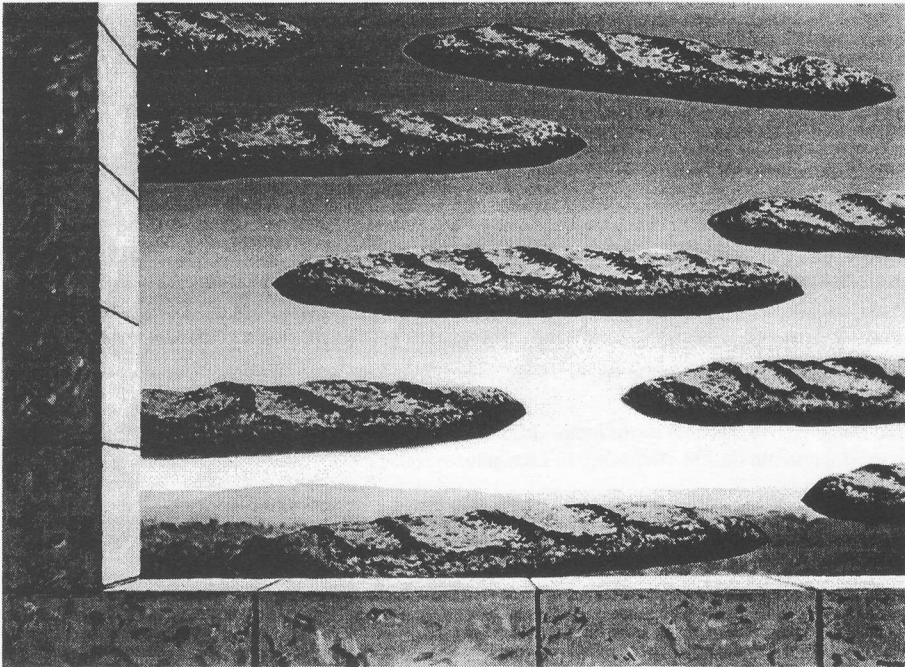
Sin embargo, gradualmente estos teólogos dejaron de participar en el debate del origen de los indios, cuando estas teorías indo-hebreas se hicieron inconvenientes para un imperio católico deseoso de enterrar para siempre cualquier vestigio de judaísmo en sus confines. Además, cuando el problema de la idolatría indígena fue relativamente controlado por los españoles, no hubo más necesidad de prolongar la noción del judío idólatra como ancestro del indio.

El retiro de los teólogos católicos de la controversia sobre indios y judíos puede ser estudiado bajo muchas perspectivas (nuevos y más urgentes problemas que requerían la atención de intelectuales españoles, conflicto de poderes entre la Iglesia y los reyes de Borbón, etc.), pero yo sugiero que una de las razones para este “silencio teológico” es de carácter religioso. Las explicaciones tradicionales que los católicos ofrecían sobre el origen de los habitantes nativos de las Américas, comenzaron a “rebotar” y convertirse en un problema, más que una solución, para los propósitos de la Iglesia Católica Romana. Especialmente después de que León Pinelo introdujera la noción del “mito criollo” (Acosta, 1993), la búsqueda de respuestas a la pregunta de la proveniencia de los indios se hizo contraproduktiva para las perspectivas eurocéntricas y católicas de la época.

Teólogos católicos judaizaron y luego intentaron de-judaizar este debate, retirándose finalmente de él. Eventualmente, este retraimiento condujo el debate a un punto en el cual ya no era necesario para judíos y protestantes justificar el nexo indo-hebreo. Intelectuales algo exéntricos y líderes religiosos recurrieron ocasionalmente al discurso religioso de este tópico, incorporando algunos de sus argumentos en la conciencia histórica y en el imaginario colectivo de sus seguidores. La teoría de las diez tribus perdidas de Israel pertenece hoy a las creencias y al imaginario de grupos como los rastafarians de Jamaica, los “judíos” negros de los Estados Unidos, los mormones, los “judíos mestizos” de Brazil y Venta Prieta en México, y otras minorías a lo largo del mundo que proclaman ser descendientes de estas tribus.

- 1 Entre los autores que presentan un resumen del debate sobre el origen de los indios americanos se encuentran Imbelloni (1956), Huddleston (1967) y Acosta (1992). Respecto a las teorías indo-hebreas véase la obra de Menasé ben Israel: *Mikveh Israel*, traducida al inglés por Moses Wall en 1652 y publicada por Henry Méchoulan (1987), quien presenta una interesante introducción sobre el tema. Estas teorías son también discutidas por Acosta e Imbelloni en capítulos específicos de sus obras. Véase Acosta (1992), pp. 331-370 e Imbelloni (1956). Mayor énfasis en las teorías indo-hebreas se encuentra en los trabajos de Popkin (1931) Worsley (1928).
- 2 Leonardo Senkman analiza la problemática que representaba para la Iglesia Católica el tratar de eliminar todo vestigio de judaísmo en Iberoamérica, siendo la tradición judía fuente del cristianismo: "Iberoamérica was *Judenrein* from a legal point of view, and the Catholic Church was integral to new societies. Nevertheless, the Jews continued to be viewed as a foreign element that could not be assimilated; but paradoxically, the concept of Holy Land was an inherent part of the civilization in the new Latin American republics" (Senkman, 1991, p. 99). Judith Laikin Elkin analiza cómo en la *Judenrein* Latinoamérica colonial la idolatría se percibía como un crimen de origen judío (Laikin Elkin, 1993).
- 3 Literatura básica sobre cripto-judíos o marranos en las Américas puede encontrarse en los trabajos de Lea (1908), Medina (1956), Liebman (1975 y 1984), Böhm (1984), Lewin (1987) y Novinsky (1987). La novela histórica de Marcos Aguinis *La gesta del marrano* presenta un detallado panorama del mundo de los cripto-judíos en el Nuevo Mundo durante la época colonial (Aguinis, 1991).
- 4 Ejemplos claros de los "judíos necesarios" utilizados (y reprendidos) por misioneros en sus sermones dirigidos a los indios en momentos en que enseñaban las doctrinas de la Iglesia Católica, son señalados por Laikin Elkin (1993), cuyo trabajo presenta ejemplos de misioneros católicos que enseñaban a indígenas americanos sus percepciones sobre los judíos, comparando la idolatría de los indios con ritos judíos. Otros trabajos que también muestran cómo los indígenas incorporaron la figura abstracta del judío en su cosmología sincrética, por medio de lo que aprendían de sermones y misas, pueden encontrarse en Nash (1968), Surz (1988), y Gutiérrez Estévez (1992).
- 5 Bernardino de Sahagún llegó a la conclusión de que los indígenas de Nueva España sufrían la suerte que el profeta Jeremías había profetizado para los judíos y sus descendientes: los hijos de Israel serían conquistados por una nación poderosa que destruiría sus ciudades. Motolinía interpretó la presencia católica de España en las Américas como una señal de la divina providencia, que convocaba a su orden franciscana a liderar el éxodo de una nueva Israel (los indígenas) del yugo egipcio de la idolatría (el imperio azteca y sus prácticas heréticas). Véase Brading (1991), pp. 102-127.
- 6 El sufijo hebreo *aim* connota duplicación. Por ejemplo, *Yerushalaim* (Jerusalén) parece referirse a una ciudad dividida (quizá entre jebusitas y hebreos en la época del rey David) o dos ciudades llamadas Jerusalem; *Mitzraim* (Egipto) podría referirse a lo que los historiadores de hoy llaman el Alto Reino y el Bajo Reino de las dinastías más antiguas. De acuerdo con esta lógica, el *Peruaim* de Cabello Valboa sugeriría la existencia de dos Perúes. El nombre de Yucatán, en este caso, provendría del hebreo *Hu Yektan* ('El que es Yektán o Yoktán', el padre de Ofir).
- 7 Para un resumen detallado de la teoría ofirita véase Imbelloni (1956) y Acosta (1992).
- 8 Para una lectura detallada sobre las diferentes versiones del origen del nombre "Perú" y la relación del Inca Garcilaso de la Vega con el debate ofirita, véase Durand (1979).
- 9 Esta explicación propuesta por Fray Diego Durán (1570) parece estar basada en los paralelismos que Bernardino de Sahagún halló entre indígenas mexicanos e israelitas, postuladas aquí según una perspectiva milenaria.
- 10 El relato completo de la obra de Antonio de Montesinos está incluido en el libro de Henry Méchoulan (1987). Véase también Benmaman (1985), quien no sólo presenta la traducción al inglés del relato de Montesinos, sino también analiza la influencia de este relato sobre la obra de Menasé ben Israel. Adicionalmente, esta publicación incluye un comentario a la narrativa de Montesinos escrito por Elisabeth Levi de Montezinos, una artista y escritora descendiente de una prominente familia portuguesa de la congregación judía de Amsterdam quien, según la autora, pudo estar relacionada con Antonio de Montesinos.
- 11 La literatura sobre las teorías de las diez tribus es muy variada. Recomiendo la lectura de los trabajos de Huddleston (1967), Méchoulan (1987), Popkin (1989) y Acosta (1992, pp. 331-370).
- 12 Muchas de estas teorías y proyectos utópicos son descritos por Popkin (1989). Respecto de los intentos cristianos de convertir a indios y judíos y la respuesta de judíos como Mordecai Noah a semejante reto, véase el trabajo de Khon (1965). Algunos aspectos interesantes de la teoría de las esferas concéntricas de John Cleves Symmes se encuentran en el artículo de Peck (1909).
- 13 Por ejemplo, una de las figuras más influyentes del Iluminismo español, Francisco de Ullua, dedicó unas líneas a la cuestión del origen de los indios en sus *Noticias americanas* (1772). Ullua sugirió que los indígenas americanos habían arribado a las Américas después del diluvio universal. Posiblemente, grupos de judíos vinieron algo más tarde, porque el quechua, según él, presentaba algunas similitudes con el hebreo, y además, la naciones indígenas y hebreas compartían "la misma inclinación por las mentiras y el engaño" (Cita de Brading, 1991, p. 427). Hubo también algunos criollos que, aun estando identificados con España, reintrodujeron y mezclaron teorías diversas basadas en los clásicos y en la Biblia. Por ejemplo, Singüenza y Góngora creía que los mexicanos eran descendientes de migraciones desde Egipto y desde la Atlántida mencionada por Platón, que, a su vez, provenían originariamente de Ham, el hijo de Noé.

- 14 Por ejemplo, el investigador peruano Miguel Angel Mossi afirma haber encontrado raíces comunes entre el hebreo y el quechua mientras traducía el drama *Ollantay*. Otros investigadores sostienen que hay semejanzas entre el hebreo y el lenguaje maya. En Caracas, tuve la oportunidad de leer el manuscrito inédito "Colibrí o la Voz Hebrea" de Anita Botbol, en el cual esta investigadora *amateur* presenta raíces etimológicas y filológicas comunes entre el hebreo y diferentes términos de dialectos indígenas venezolanos.
- 15 Judith Laikin Elkin sugiere que los judíos "were charged with idolatry not because they worshipped idols, but because the missionaries believed that the Indians did" (Laikin Elkin, 1993, p. 96).



REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Acosta de Samper, Soledad (1967). "Memoria del Establecimiento de Hebreos en el Departamento de Antioquía (Colombia)" en Itic Croitoru Rotbaum, *De Sefarad al Neosefaradismo – Contribución a la Historia de Colombia*. Bogotá: Editorial Kelly, Tomo I, pp. 201-221.
- Acosta, José (1894). *Historia Natural y Moral de las Indias*. Madrid: R. Angles, Impr.
- Acosta, Vladimir (1993). *Viajeros y Maravillas. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana*. Tomos I, II and III.
- (1992). *El Continente Prodigioso: Mitos e imaginario medieval en la conquista americana*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.
- Adair, James (1930). *History of the American Indians*. Edited by Samuel Williams. Johnson City: The Watauga Press.
- Aguinis, Marcos (1991). *La Gesta del Marrano*. Buenos Aires: Ed Planeta.
- Benmaman, Joseph (1985). "El relato de Antonio de Monteginos y el origen de los primeros pobladores de América". *Maguen* (Asociación Israelita de Venezuela), 54, enero-marzo, pp. 3-18 [original en: *The Journal of the Sephardic Studies Program of Yeshiva University* 8, 1975, pp. 63-83].
- Blumenthal, Walter Hart (1931). "False Messiahs and Psychic Frenzies" in *Old America: Random Chapters on the Early Aborigines*. New York: Walton Books Company, pp. 1-6.
- Böhm, Gunter (1984). *Historia de los Judíos en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Brading, D. A. (1991). *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State 1492-1867*. New York: Cambridge University Press.
- Brandão, Ambrósio Fernandes (1987). *Dialogues of the Great Things of Brazil*. Translated and Annotated by Frederick Holden Hall, William F. Harrison and Dorothy Winters Welker. Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 102-106.
- Cabello Valboa, Miguel Angel (1951). *Miscelánea Antártica: Una Historia del Perú Antiguo*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras, Instituto de Etnología, pp. 92-173.
- Canelo, David Augusto (1990). *The Last Crypto-Jews of Portugal*. Edited and Introduced by Rabbi Joshua Stampfer. Translated from Portuguese by Talmon-l'Amee. Portland.
- Dathomer, O. R. (1994). *Imagining the World: Mythical Belief Versus Reality in Global Encounters*. Westport: Bergin & Garvey.
- Durán, Fray Diego (1570). *Historia de los Indios de la Nueva España y Islas de Tierra Firme*. Editada por José F. Ramírez. Tomo I: Imprenta de J.M. Andrade y F. Escalante, México, 1867. Tomo II: Imprenta de Ignacio Escalant, México. 1880.
- Durand José (1979). "Peru y Ophir en Garcilaso Inca, el jesuita Pineda y Gregorio García", *Historica III Lima*, vol. 2, pp. 35-55.
- Friedman, Lee M. (1934). "The American Society for Meliorating the Condition of the Jews and Joseph S.C. F. Frey," in *Early American Jews*, Cambridge, Massachusetts.
- García, Gregorio (1981). *Origen de los Indios del Nuevo Mundo*. Mexico: F.C.E.
- Gidney, W.T. (1908). *The History of the London Society for Promoting Christianity Amongst the Jews, from 1809 to 1908*. London.
- Gutiérrez Estévez, Manuel (1992). "Mayas, españoles, moros y judíos en baile de máscaras. Morfología y retórica de la alteridad" en *De palabra y obra en el Nuevo Mundo: La formación del Otro* (vol. 3). Edited by Gary Gossen, Jorge Klor de Alva, etc. España: Siglo Veintiuno, pp. 324-376.
- Huddleston, Lee Elridge (1967). *Origins of the American Indians: European Concepts, 1492-1729*. Latin American Monographs, No II. Institute of Latin American Studies of the University of Texas.
- Hulme, Peter (1986). *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean. 1492-1797*. New York: Methuen.
- Imbelloni, J. (1956). "Ophir, o la Indología Judaica" en *La Segunda Esfinge Indiana: Antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos*. Buenos Aires. Libería Hachette S.A., pp. 37-46.
- Kaysersling, Meyer (1968). *Christopher Columbus and the Participation of the Jews in the Spanish and Portuguese Discoveries*. Translated by Charles Gross. New York.
- Kohler, Max J. (1900). "Some Early American Zionist Projects." *American Jewish Historical Society* 8, pp. 75-118.
- Kohn, Joshua (1965). "Mordecai Manuel Noah's Ararat Project and the Missionaries" *American Jewish Historical Quarterly* 2, December, pp. 162-196.
- Laikin Elkin, Judith (1993). "Imagining Idolatry: Missionaries, Indians and Jews," in *Religion and the Authority of the Past*, Ed. Tobin Siebers. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Lacarra María Jesús y Juan Manuel Cacho Bleuca (1990). *Lo Imaginario en la Conquista de América*. España: Comisión Aragonesa Quinto Centenario.

- Lea, Charles Henry (1908). *The Inquisition in the Spanish Dependencies*. New York: Macmillan & Co.
- Lewin, Boleslao (1987). *Los cripto-judíos: Un fenómeno religioso y social*. Buenos Aires: Editorial Milá.
- Liebman, Seymour (1975). *The Inquisitors and the Jews in the New World: Summaries of Procesos, 1500-1810*. Coral Gables: University of Miami Press.
- (1984). *Requiem por los olvidados: Los judíos españoles en América, 1493-1825*. Madrid: Altalena.
- Madariaga, Salvador de (1992). *Vida del Muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón*. Buenos Aires: Sudamericana (XI Edición).
- Mason, Peter (1990). "Imaginary Worlds" in *Deconstructing America: Representation of the Other*. London and New York: Routledge, pp. 13-40.
- (1968). "Imagining Worlds. Counterfact and Artefact" in *Myth and the Imaginary in the New World*. Edited by Edmundo Magaña and Peter Mason. *Latin American Studies* 34. Holland: CEDLA. Foris Publications, pp. 43-74.
- Mayhew, Henry (1851). *The Mormons, or Latter-Day Saints: A Contemporary History*. London: Office of National Illustrated Library (including Joseph Smith's *Book of Mormons*).
- Méchoulan, Henry (1987). *Manasseh Ben Israel's Mikveh Israel (The Hope of Israel)*. Translated by Moses Wall, 1652, Oxford, New York: The Littman Library by Oxford University Press, pp. 63-82.
- Medina, José Toribio (1956). *Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima :1569-1820*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico J.T. Medina.
- Milhou, Alain (1983). *Colón y su mentalidad mesianica en el ambiente franciscanista español*. España: Cova – Museo de Colón. Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid.
- Nash, June (april, 1968). "The Passion Play in Maya Indian Communities" in *Comparative Studies in Society and History. An International Quarterly* 3, vol. 10, pp. 318-327.
- Novinsky, Anita (1987). "Jewish Roots of Brazil", in *The Jewish Presence in Latin America* (Eds., Judith Laikin Elkin and Gilbert W. Merkx). Boston, Allen & Unwin Inc.
- Pardo, Isaac J. (1983). *Fuegos bajo el agua: La invención de la utopía*. Caracas: Fundación Casa de Bello.
- Peck, John Weld (1909). "Symmes Theory", *Ohio Archival and Historical Society Publications*, vol. 18, pp. 28-42.
- Phelan, John Leddy (1956). *The Millennial Kingdom of the Franciscans in the New World: A Study of the Writings of Gerónimo de Mendieta :1525-1604*. Los Angeles: University of California Press.
- Pinelo, León (1943). *El Paraíso en el Nuevo Mundo. Comentario Apologético. Historia Natural y Peregrina de las Indias Occidentales Islas de Tierra Firme del Mar Océano (1645-1650)*. Editado por Porras Barrenechea. Lima: Comité del IV Centenario del Descubrimiento del Amazonas.
- Popkin, Richard H. (1989). "The Rise and Fall of the Jewish Indian Theory" in *Manasseh Ben Israel and His World*, edited by Henry Méchoulan and Josef Kaplan. Netherlands: E. J. Brill, pp. 63-82.
- Prinz, Joachim (1973). *The Secret Jews*. New York: Random House.
- Rocha, Diego Andrés (1891). *Tratado Unico y Singular del Origen de los Indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile*. Madrid.
- Ross, Dan (1984). *Acts of Faith: A Journey to the Fringes of Jewish Identity*. New York: Schocken Books.
- Roth, Cecil (1941). *A History of the Marranos*. Philadelphia: AJHS (Revised Edition).
- Samper, José María (1861). *Ensayo Sobre las Revoluciones Políticas*. París: Imprenta D. E. Thunot y C.
- Sanders, Ronald (1978). *Lost Tribes and Promised Lands: The Origins of American Racism*. Boston: Little, Brown and Company.
- Scholem, Gershom (1971). *The Messianic Idea in Judaism and Other Essays in Jewish Spirituality*. New York: Schocken Books.
- Senkman, Leonardo (1991). "The Concept of the Holy Land in IberoAmérica", in *With Eyes toward Zion-III*, edited by Moshe Davis and Yehoshua Ben-Arieh. New York and London: Praeger, pp. 99-114.
- Shell, Marc (Winter 1991). "Marranos (Pigs) or From Coexistence to Toleration", *Critical Inquiry* 2, vol. 17, pp. 306-330.
- Surtz, Ronald E. (1988). "Pastores judíos y Reyes Magos gentiles: Teatro franciscano y milenarismo en Nueva España", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 4, vol. 36, pp. 333-344.
- Worsley, Israel (1928). *A View of the American Indians: Their General Character, Customs, Language, Public Festivals, Religious Rites and Traditions; Shewing them to be Descendants of the Ten Lost Tribes of Israel*. Plymouth: W. W. Arliss.